

Todo juicio supone conceptos, que son los elementos que lo forman. Y así resulta que todo juicio consiste en la unión o separación de dos conceptos (sujeto y predicado) por medio de un término asociativo o separador (cópula con o sin negación). Todo esto requiere, pues, una investigación de los conceptos, investigación que Aristóteles ha emprendido en varias obras, dando una clasificación de los conceptos que no es siempre la misma.

Para Aristóteles la ética es el arte de alcanzar el bien. El bien es el fin de todas las cosas que se persigue en el obrar. Ahora cabe preguntarse cuál es el bien propio del hombre que le hace distinguirse de los demás seres y cosas. Es el entendimiento. De tal modo que la actuación moral del hombre tiene su punto culminante en el puro pensamiento. Aquí reside la suprema felicidad, además, a la que aspira todo hombre, aunque se equivoque acerca de su naturaleza. Pero ese punto culminante sólo lo alcanzan los dioses; el hombre de la tierra no puede más que intentar acercarse a ese cenit con esfuerzo y procurando poner orden en su pensamiento hacia ese fin. En su filosofía social, Aristóteles es mucho más individualista y realista que Platón.

Aristóteles aporta a las cuestiones capitales del pensamiento filosófico una solución distinta que Platón, la de su espíritu empírico frente al especulativo de su maestro. Y la filosofía todavía oscila entre estas dos posturas, a pesar de los ingentes esfuerzos para reconciliarlas, tan soberbiamente logrados, de Plotino, de santo Tomás de Aquino y de Hegel. Después de haberse fugado Aristóteles, toma la dirección de la escuela ateniense Teofrasto († 287 A. de C.), quién realizó una labor importante, en especial en los terrenos de la historia, de la filosofía, de la ética y de la lógica. Pero bajo la dirección de sus sucesores, la escuela peripatética va desplazando más y más su interés por la filosofía hacia las ciencias positivas.

## EL ESTOICISMO

Después de Aristóteles, la filosofía griega traspasa los límites del ámbito heleno para extenderse por todo el mundo conocido y civilizado a lo largo del Mediterráneo. Son causa de esta universalización, en primer lugar, el imperio de Alejandro, que difunde el conocimiento de la cultura griega por los pueblos conquistados, y la dominación de Roma, más tarde, que se apropia de esta misma cultura y la propaga por los dilatados horizontes de su imperio. Esta propagación coincide, sin embargo, con la decadencia de la filosofía griega. Del mismo modo que el imperio de Alejandro representa la muerte del ambiente político griego, la filosofía postaristotélica representa el ocaso del genio filosófico de aquel pueblo; una reducción de sus límites y la profundidad de sus planteamientos.

En Atenas, centro filosófico que irradiará ahora su influencia sobre todo el mundo clásico, aparecen, junto a la Academia y al Liceo, otras dos escuelas; la del Pórtico (Stoa, estoicismo) y la del jardín (epicureísmo) que dejarán tras de sí una larga influencia, mayor en el terreno práctico que en el especulativo.

Zenón de Citium (335-263 A. de C.) fue el fundador de una nueva escuela filosófica cuyos miembros compartían entre sí un pórtico o galería decorada con pinturas murales, de donde procede el nombre de escuela del Pórtico, y el de los estoicos que se dio a sus miembros. Pero Zenón no fue más que uno entre las varias figuras filosóficas de la escuela —ninguna de primer plano— que coexisten o se suceden en su seno: Cleantes, Panecio, Posidonio. . . La de mayor relieve, sin duda, será Séneca, que corresponde ya la prolongación romana del estoicismo. La doctrina hay que atribuirle, pues, a la escuela de un modo genérico.

La filosofía estoica, como toda filosofía de decadencia, comienza por una negación, por una actitud negativa. Combaten los estoicos, ante todo, la creencia platónica en un mundo separado de ideas, y también la afirmación aristotélica de unas esencias universales en el seno de las cosas, así como de todos los principios filosóficos: forma, materia, sustancias, etcétera. Sólo existen para ellos las cosas materiales, capaces de impresionar a nuestros sentidos. Este principio les hace desentenderse de la metafísica, aunque para ser consecuentes con su postulado materialista tienen que admitir cosas mucho menos verosímiles que las formas y esencias; así a todas aquellas realidades que se ven forzadas a admitir las adjudican naturaleza material: Dios y el alma, las virtudes, los sentimientos e incluso las acciones como el andar, el amar, tienen para ellos un ser corporal. La realidad universal es para el estoicismo objeto de la física, pero esta física tampoco tiene para ellos un valor en sí, sino que sirve sólo de supuesto previo a la ética, que es la única parte de la filosofía hacia la que muestran verdadero interés. El Universo material está penetrado por una fuerza o hálito divino, que conciben bajo la forma física de fuego, de modo que Dios es alma y razón del mundo. El acontecer universal es, así, necesario, fatal. Ni el azar ni la libertad existen más que como apariencia o ilusión. Toda acaece de acuerdo con las ideas seminales o germinativas con arreglo a las cuales Dios creó y vivifica el mundo.

Si, pues, esto es así, el hombre debe desentenderse de esa realidad panteística que sólo Dios comprenderá adecuadamente y ceñirse a la cuestión de qué actitud debe adoptar ante lo que de suyo es necesario.

Imaginemos que un hombre ha contraído una enfermedad incurable que, tras un proceso conocido de

desintegración orgánica, acarrea determinado género de muerte. El ha sabido su diagnóstico y, por ser médico, conoce perfectamente el proceso que necesariamente le espera y el desenlace irremediable. ¿Cuál será, en lo humano y personal, la única preocupación para este hombre? Puesto que es necesario admitir el destino que se impone, admitirlo dignamente, con elegancia; como diríamos aún hoy, en el lenguaje vulgar, estoicamente.

Este problema es el único que para los estoicos ofrece interés; lo que ellos llaman la actitud del sabio, entendiendo por sabio el hombre que obra con conciencia de su destino, de su situación en el mundo. Si la metafísica se disolvía para ellos en física, ésta viene a reducirse a una ética o doctrina de obrar sabiamente. Es característica general de todas las épocas de decadencia la falta de interés hacia lo especulativo y metafísico para limitarse sólo a lo práctico y humano.

El supremo bien para el hombre consiste, según los estoicos, en vivir conforme a naturaleza. El vulgo se afana tras las cosas, obedece a sus pasiones, se alegra o entristece por la varia fortuna. Pero esto es una conducta necia, opuesta al verdadero ser de la naturaleza, ya que cuanto sucede es lo único que podría suceder nada se puede evitar ni nada debe deplorarse. Todo cuanto existe en el Universo físico pertenece por entero al acaecer universal, divino; sólo un dominio queda al hombre: su propia interioridad, su espíritu, su libertad interior. Según un estoico, el principio de la moralidad estriba en distinguir lo que depende de nosotros de lo que nos es extraño. Según Zenón de Citium, el hombre debe aceptar esa fatalidad Universal, refugiarse en su interioridad, de la que podrá llegar a ser amo y señor, y organizarla según estricta consecuencia. Vivir consecuentemente es la forma de

responder con elegancia a esa certeza de la propia situación.

Los estoicos posteriores representan el ideal del sabio bajo el lema de libertad. Sólo el sabio, como los dioses, es libre. Esta libertad se define por relación a las dos esclavitudes que puede sufrir el hombre: los efectos interiores (o pasiones) y las cosas exteriores, la varía fortuna, las pasiones son impulsos que por su desmesura alteran el solemne orden universal. Son, por otra parte, engañosas, sin objeto, y causas de dolor y de menosprecio de sí mismo. El sabio las dominará no deseando nada: ésta es la apatía estoica, que debe lograrse por la auteridad y el ascetismo. Las cosas exteriores por otra parte, engañosas, sin objeto, y causas de dolor y de menosprecio de sí mismo. El sabio las dominará no deseando nada: ésta es la apatía estoica, que por otra parte, no depende de nosotros ni deben afectar a nuestra serena interioridad: el sabio debe lograr la imperturbabilidad y la autarquía absolutas. Practicando la apatía y la imperturbabilidad, el hombre adquiere la virtud y se convierte en sabio. Es característico el orgullo estoico, el desden del sabio hacia el vulgo que corre como dementado tras las sombras de lo que cree a su alcance, o se mueve como autómatas al servicio de las pasiones. Sólo el sabio se basta sí mismo, sólo el logra la autarquía. Sólo él, por fin, se penetra con el alma del Universo, identificándose —por vía práctica— con el ser verdadero e inmutable.

## EL EPICUREISMO

Contemporánea de la escuela del Pórtico es otra escuela filosófica que fundó Epicuro (341-207 A. de C.) En Atenas, instalándola en el jardín de su propia casa, de donde el nombre de escuela del Jardín con que se la conoció. Su significación es muy semejante a la estoica, aunque en el lenguaje de hoy día se entienda —y no sin un fundamento— por epicúreo algo opuesto a estoico. Si esto evoca ascetismo, aquello sugiere una idea de refinamiento en el placer. Fácil nos será comprender cómo se hermanan y se oponen a la vez una y otra escuela.

Comparte Epicuro con los estoicos su aversión a las entidades metafísicas de Platón y de Aristóteles, para no admitir más que la realidad material y sensible. Esto le hace prescindir del plano metafísico y limitarse al cosmológico o físico. Aquí admite una concepción más lógica que la de los estoicos dentro de su principio materialista. No es que todas las cosas deban ser concebidas con una naturaleza material sino que no existen otras realidades que los átomos o partículas indivisibles de materia que, sometidas a una causalidad ciega y necesaria, producen cuanto hay. Concepción esta que renueva la teoría llamada atomismo que inició Demócrito. Nosotros imaginamos al mundo construido según un plan inteligente y suponemos que al obrar lo hacemos en vista de un fin y libremente. Nada más puramente ilusorio. Si los copos de nieve poseyeran conciencia podrían imaginar, en su caída muelle y pausada, que caen por su propia espontaneidad. El mundo es una inmensa estructura de átomos materiales sometida a leyes necesarias, como puede ser la lluvia o la nieve.

Con esto, pasa Epicuro al problema práctico de la

actitud que debe adoptar el hombre ante este acontecer necesario. La física no constituye para él más que una antesala de la ética, como sucedía a los estoicos. Pero en seguida se le plantea una grave dificultad para conciliar esta concepción física del Universo con la posibilidad de una ética. Toda ética se propone establecer unas normas —de obligación o de consejo— para el ordenamiento de la conducta. Ello supone la posibilidad en el sujeto normal —el hombre— de seguir las, de ajustar a ellas sus actos; esto es, la libertad. Si todo —incluso el hombre— es de naturaleza material y obedece a leyes necesarias, ¿qué objeto o utilidad podrán tener unas normas morales? Aquellos que actúan de ese modo —o aquellos que actúan de ese otro— lo harán porque así resulta de la casualidad universal. Unos serán **vulgo**, por ejemplo, y otros **sabios**, irremediablemente, por necesidad física. Pero a nadie se predique que obre de otro modo, porque toda autodeterminación es imposible. Pues bien, para conciliar la concepción determinista con la posibilidad de una ética, sostiene Epicuro una teoría tan curiosa como ilógica: lo que él llama el **clinamen**, o ligera inclinación de los átomos en su caída. Un hombre que cae desde lo alto de una casa no puede, ciertamente, evitar la caída una vez iniciada, pero puede imprimir un movimiento a su cuerpo que le haga caer algo más acá o más allá, en una postura o en otra. Algo semejante supone Epicuro que puede acontecer en los átomos materiales que integran nuestra alma, y en ello pretende fundar la posibilidad de una actuación moral y de una ética. Pero esto es en realidad un subterfugio basado en una mera comparación, ya que el determinismo universal o lo es realmente, o, si tiene el más ligero fallo, desaparece como tal y ha de admitirse la indeterminación y la libertad por restringido que sea su campo.

Con esto Epicuro el problema práctico de la

Sentadas estas premisas, se pregunta Epicuro cuál será el fin que el hombre puede y debe alcanzar en esta vida, es decir, la dirección en que el hombre debe lograr esta desviación o **clinamen** en su caer a lo largo de la existencia. Y la respuesta no ofrece para él ninguna duda; es un hecho de experiencia evidente, que todos los hombres han tenido siempre, consciente o inconscientemente, acertada o erróneamente, hacia el **placer**. Esto para Epicuro es un hecho indudable que debe admitirse sin más. Ciertamente que los hombres trabajan y buscan cosas que no son el placer mismo, pero se trata sólo de medios para mantener la vida —condición del placer futuro— o para procurarse fuentes de placer. Todo en la vida del hombre tiene valor de medio, menos el placer, que tiene valor de fin. La dificultad fundamental con que los hombres chocan para llevar una vida serena y verdaderamente natural que busque directamente el placer que, en el fondo, todos buscan, estriba en un temor que le persigue de por vida: el que nace de la creencia en la justicia de Dios y en el más allá. Pero en esta estructura material **regida por casualidad mecánica no hay sitio para la acción de los dioses. Estos, existen, según Epicuro, pero llevan una existencia feliz en el lejano Olimpo, sin preocuparse para nada de los hombres. El alma, por otra parte, es una especie de burbuja material que se disuelve en la nada al morir el hombre. Tampoco la muerte misma debe temerse, porque mientras vivimos no está ella presente, y cuando ella llega, ya no estamos nosotros.**

Parece, pues, que el camino del placer está abierto para el hombre y desembarazado de toda traba religiosa o filosófica. Epicuro comienza así haciendo abierta profesión del más alegre **hedonismo**, que es aquella doctrina ética que establece el placer (**hedoné**) como valor supremo. Mas he aquí que, acto seguido,

tiene que enfrentarse con la terrible antítesis de todo hedonismo: cualquier ética, para serlo, ha de pretender dar unas normas con carácter general e imperativo; pero el placer es un hecho **sujetivo**, que se realiza en la intimidad del sujeto sin que cada hombre pueda tener experiencia más que del propio. Imaginemos que se manda o aconseja a un hombre que, para lograr una vida placentera, se abstenga de drogas, como el opio, por ejemplo. Pero él responde: el placer de un momento que el opio me depara es para mí superior a todos los placeres que podría ofrecerme una larga vida; por mi parte, lo cambio con gusto y nadie puede discutirme el derecho, porque el placer es mío y sólo yo puedo conocerlo y valorarlo. Esto es incontestable desde el punto de vista puramente hedonista, y, por ello, toda ética de este género ha de entrenarse, antes de nada, con el problema de **objetivar** el placer, hacer de él algo objetivo que pueda erigirse en fin concreto y norma para todo los hombres.

A este efecto divide, en primer lugar, los placeres posibles en **placeres corporales y placeres espirituales**. ¿Cuáles serán los superiores, y, por tanto, los deseables? En un principio se decide Epicuro por los espirituales, porque se pueden traer a voluntad, y por tanto, sujetan al hombre a las cosas exteriores y a la variable fortuna. Pero los placeres espirituales consisten para Epicuro en recordar, imaginar o proyectar situaciones placenteras, y esto no es posible, naturalmente, si no existen previamente unas auténticas y originales situaciones placenteras. Estas no pueden consistir sino en los placeres del cuerpo.

Divide a continuación los placeres en lo que él llama **placeres en reposo y placeres en movimiento**. Son **en reposo** aquellos placeres que advienen al alma como algo natural a su actividad, como la satisfac-

ción de una necesidad, el fácil y grato ejercicio de sus operaciones. Son **en movimiento** aquellos otros que experimenta el alma como algo sobreañadido a su naturaleza, algo que se ha de buscar en el exterior porque no resulta de su normal actividad. El placer de reporar tras la fatiga, el beber agua con sed, son típicos placeres en reposo. Las drogas, el beber bebida alcohólicas, son ejemplo de placeres en movimiento. Epicuro opta decididamente por los placeres en reposo, porque los en movimiento producen a la larga dolor, y, convertidos en hábito, esclavizan al alma sometiéndola a las cosas exteriores.

Y aquí, el viraje y la sorprendente conclusión del hedonismo epicúreo: si los placeres espirituales vienen a reducirse a los corporales y si en éstos sólo deben admitirse por tales placeres los en reposo, resultará que el único fin de la vida es el placer derivado de satisfacer las más elementales necesidades de la naturaleza. Lo cual exige del hombre un abstencionismo ascético, una estricta austeridad. El sabio epicúreo, en la práctica y por camino bien distinto, habrá de tener la mismas características del estoico. El sistema que empezó proclamando un alegre hedonismo, el culto libre y sin trabas del placer, acaba en un riguroso ascetismo. Más aún: como al sabio epicúreo le falta aquella visión panteística de un mundo inflamado por el espíritu divino, que poseía el estoico, no encuentra un verdadero e ilusionado objetivo a esta vida escéptica a que le ha conducido su propio sistema, y tampoco lo encuentra, por tanto, a la vida misma. Por eso, pocos panegiristas han cantado a la muerte y al suicidio como Epicuro.

De este modo, el mismo desarrollo de la ética epicúrea demuestra cómo el hedonismo conduce por sí mismo a la desesperación y a la nada. Como no puede

fundarse una moral sobre el placer, que es sólo una reacción, un tono afectivo, que acompaña a los actos, pero nunca una realidad en sí misma que pueda buscarse como objetivo último. El placer, como la caza, aparece mucha veces en nuestro camino cuando no lo buscamos, pero rara vez si marchamos en su busca.

En política, por fin, opina Epicuro que la participación en la vida pública es impropia del sabio, porque ni suele ser compatible con la existencia placentera ni merece la pena dentro del ideal ascético y mínimo de cada vida. Por ello estima Epicuro que la tiranía es el gobierno más deseable, porque ahorra a todos los ciudadanos la preocupación de las cosas públicas al hacerse cargo de ellas uno solo. Esta apatía hacia cuanto se salga de la propia vida y de su más útil organización es un signo más de la decadencia que representan estos sistemas filosóficos, y también de la pasiva actitud del pueblo griego que dominado primero por Alejandro de Macedonia y ocupado después por Roma, estaba ya casi en el término de su misión histórica.

El tipo humano del **sabio estoico** y epicúreo no deja, sin embargo, de poseer cierta grandeza. En él se expresa el cansancio decadente del vivir, la vejez digna y orgullosa de una cultura ilustre. En esta retirada a posiciones mínimas, pero autárquicas y llenas de serenidad, se revela una vez más la íntima genialidad del espíritu griego.

Puede ser una encarnación típica del espíritu estoico aquel sabio que tomaba plácidamente el sol ante una puerta de Salónica cuando se presentó ante él atraído por la fama de su virtud y sabiduría, el propio rey Alejandro. "Pídeme lo que quieras —ofreció el monarca al sabio, que ni se había incorporado—, y te lo concederé en seguida". "Hacedme entonces merced —contestó éste— de apartaos un poco, señor, que me estáis quintando el sol"

## EL ESCEPTICISMO

El **escepticismo** es también una doctrina característica de la filosofía helenística decadente. Pirrón (hacia 365-275 a. n. e.) fundador de la corriente escéptica, sostenía que las cosas son absolutamente incongnoscibles. De ellas no podemos decir nada verdadero ni falso; más todavía, ni siquiera podemos afirmar si existen o no. De ahí que Pirrón propugnara la suspensión de cualquier juicio, la renuncia total al conocimiento. La suspensión de todo juicio de una quietud de ánimo, libera de la duda y nos hace indiferentes ante las pasiones, ante la alegría y el dolor. El ideal del sabio escéptico es la **ataraxia**. diógenes Laercio cita el siguiente hecho como ejemplo de ataraxia.

Habiéndose embarcado Pirrón un día de tormenta llamó la atención de sus turbados compañeros de viaje hacia un cerdo que mantenía una absoluta indiferencia y que continuaba comiendo con la mayor tranquilidad. Entonces les dijo: "He ahí la **ataraxia** que debe poseer el sabio".

El escepticismo expresaba los rasgos más regresivos de una filosofía decadente que renunciaba a conocer la verdad objetiva, a la par que predicaba el alejamiento de la vida y la total indiferencia hacia ésta.

La difusión de las ideas de Pirrón y sus discípulos ponía de manifiesto la profundidad de la crisis experimentada por la sociedad griega.

Pirrón sostenía lo siguiente: no hay nada bueno sino la virtud, ni malo sino el vicio. La felicidad consiste en la paz y en la tranquilidad del alma. Todo lo demás es indiferente. La fuente principal de turbación con-

siste en los juicios absolutos que hacemos acerca de la naturaleza, la bondad o malicia de las cosas. De aquí provienen los deseos y temores que perturban la paz interior del alma. Por lo tanto, la actitud más racional es abstenerse de todo juicio, no considerando nada ni como falso ni como verdadero, no pronunciándose a favor ni en contra de ninguna cosa y suspendiendo todo asentimiento. De esta manera se consiguen la tranquilidad y la felicidad.

### EL ESCEPTICISMO EN LA ACADEMIA

ARCESILAO (316-241 A. de C.) Natural de Pítane. En Atenas asistió primeramente al Liceo con Teofrasto y después a la Academia con Crantor, Polemón y Crates, a quién sucedió como escolarca en 268 A. de C. devolviendo a la escuela el esplendor que había perdido desde Polemón. Fué orador brillante, de gran cultura y penetración, aunque tenía más de crítico que de constructivo. Tuvo gran éxito entre la juventud, a la que deslumbra con la agudeza de su dialéctica.

Inició la dura lucha contra los estoicos, que se prolongará durante dos siglos. A su vez tuvo que sufrir las críticas de Timón, quien después de su muerte le dedicó un elogio fúnebre. No escribió nada, a excepción quizá de algunos versos.

El escepticismo penetra en la Academia a partir de Arcesilao, pero con un sentido mucho más amplio que el que tenía en Pirrón, ya que deja de ser una actitud moral para convertirse en gnoseológica y crítica. Arcesilao no tiene relación directa con el escepticismo de Pirrón, sino que responde a un desarrollo dentro del mismo pltonismo. Platón, como su maestro Sócrates, había hecho un amplio uso de la

dialéctica en su lucha contra los sofistas. Además, si bien profesaba una actitud de certeza absoluta respecto de la existencia del mundo superior de las Ideas, abrió el camino al escepticismo al no conceder valor de conocimientos verdaderos y ciertos a las percepciones de los sentidos. Arcesilao, que admiraba profundamente a Platón, piensa mantenerse fiel a su espíritu, aunque deja a un lado sus enseñanzas positivas, especialmente su teoría de las Ideas, pero le imita en su aspecto dialéctico y crítico.

Se trata pues, de un escepticismo espontáneo, que brota al contacto con las opiniones de los filósofos contemporáneos, especialmente de los estoicos, contra cuyo dogmatismo niega Arcesilao toda certeza y todo criterio de verdad.

No es posible conocer lo que son las cosas en sí mismas, ni por medio de los sentidos, ni por la razón, pues ninguna de nuestras facultades cognoscitivas puede proporcionarnos una representación exacta y real de los objetos. Las representaciones de los sentidos solamente tienen valor subjetivo, pues no nos suministran más que impresiones, que no sabemos si representan la verdad de las cosas tal como son en sí mismas. Tampoco podemos fiarnos de la razón, pues sus juicios se basan en los datos de los sentidos. Por lo tanto, no hay ninguna evidencia inmediata ni ninguna ciencia cierta y absoluta. Ni siquiera podemos estar ciertos, como Sócrates, de que no sabemos nada. Nada, pues, podemos afirmar ni negar como cierto, sino tan sólo como probable. No puede darse una opinión firme. El se limitaba a criticar las opiniones de los demás. Un dialéctico no es más que un prestidigitador.

Los estoicos le seguían diciendo que, sin una convic-